contar, por su mediación, si la empresa de Prato tenía buen éxito.

Pareció á Diotisalvi el proyecto peligrosísimo y casi seguro el fracaso; pero, deseando intentar de nuevo fortuna con peligro ajeno, le animó á realizarlo, prometiéndole auxilio inmediato de Bolonia y Ferrara, siempre que pudiera defenderse en Prato á lo menos quince días.

Confiado en esta promesa, Bernardo Nardi fué ocultamente á Prato (1470) y dió cuenta del proyecto á algunos pratenses, encontrándoles muy dispuestos á realizarlo. Igual deseo y ánimo conoció en los de la familia Palandra. Convenido el momento y forma de estallar la rebelión, dió Nardi cuenta de todo á Diotisalvi.

XXVI. Era podestá de Prato, á nombre del pueblo florentino, César Petrucci. Tienen por costumbre los gobernadores de plazas fuertes guardar las llaves de las puertas en su casa, y algunas veces, sobre todo en épocas tranquilas, cuando algún ciudadano las pide para salir ó entrar de noche, las dan.

Bernardo Nardi, que sabía esta costumbre, se presentó al amanecer con los de Palandra y unos cien hombres armados en la puerta que mira hacia Pistoya, y los que le esperaban dentro se armaron. Uno de éstos pidió al Podestá las llaves fingiendo que uno del pueblo deseaba entrar en él. El Podestá, que nada sospechaba, mandó con ellas á un dependiente suyo, al cual, cuando estuvo lejos del Palacio, se las quitaron los conjurados, y abierta la puerta entró Nardi con su gente. Por acuerdo con los de dentro, se dividieron en dos grupos; uno de ellos, al mando del pratés Silvestre, ocupó la ciudadela; y el otro, con Nardi, tomó el Palacio, confiando á algunos de los suyos la guarda de Petrucci y de toda su familia. Después se repartieron por las calles gritando *libertad* para excitar al pueblo á la rebelión.

Ya era de día y, al oir aquel alboroto, muchos ciudadanos acudieron á la plaza. Allí supieron que la ciudadela y el Palacio estaban ocupados, y el Podestá con su familia presos, admirándose de que ocurriera tal suceso, cuya causa ignoraban.

Los Ocho ciudadanos que formaban el Consejo Supremo de esta población se reunieron en el Palacio para acordar lo que debían hacer; pero Nardi, que con los suyos anduvo algún tiempo por las calles sin que nadie se les uniera, al saber que los Ocho estaban reunidos, se presentó á ellos y les dijo que aquella empresa tenía por objeto librar á ellos y á su patria de la servidumbre, ponderándoles la gloria que adquirirían los que, tomando las armas, le secundaran, conquistando así paz perpetua y eterna fama. Recordóles la antigua libertad que tenían y su actual situación; les anunció seguro auxilio con tal que resistieran poquísimos días á las fuerzas que los florentinos pudieran reunir contra ellos y aseguró contar con partidarios en Florencia, lo cual se vería tan pronto como allí supieran que Prato estaba por él.

Esta arenga no conmovió el ánimo de los Ocho, quienes respondieron no saber si Florencia vivía libre ó sierva, porque no les importaba, pero que sabían bien que ellos no deseaban otra libertad que la de servir á los magistrados gobernadores de Florencia, de quienes no habían recibido injurias que justificaran tomar las armas contra ellos. Por tanto, le aconsejaban que dejara en libertad al Podestá y libre á la población de su gente, alejándose pronto del peligro á que se exponía con tan poca prudencia.

No alarmaron á Nardi estas palabras, determinando ver si el miedo hacía más efecto en los habitantes de Prato que los ruegos. Para asustarles pensó matar al podestá Petrucci, y sacado de la prisión, mandó que lo ahorcaran en un balcón de Palacio. Estaba ya Petrucci junto al balcón con la cuerda al cuello, cuando vió á Nardi que mandaba apresurar la muerte. Volviéndose á él, le dijo :

«Bernardo, mandas matarme creyendo que después te seguirán los de Prato, y sucederá lo contrario, porque el respeto que este pueblo tiene á las autoridades que envía el pueblo de Florencia es tal, que al ver el ultraje de que soy víctima, te odiará y conseguirá tu ruina. No mi muerte, sino mi vida es la que puede proporcionarte la victoria, porque si yo les mando lo que tú quieras, más fácilmente obedecerán á mí que á ti, y oponiéndome yo á tus órdenes, ellos también lo harán.»

A Nardi, que no sabía qué partido tomar, pareció bueno aquel consejo, y mandó que, asomado Petrucci á un balcón de los que daban á la plaza, ordenase al pueblo obedecerle; hecho lo cual, volvió á la prisión Petrucci.

XXVII. La debilidad de los conjurados era ya notoria, y muchos florentinos que habitaban en Prato se habian puesto de acuerdo. Entre ellos estaba Jorge Ginori, caballero de Rodas, que fué el primero en acudir á las armas contra los rebeldes. Atacó á Nardi, que andaba por la plaza, unas veces rogando y otras amenazando, para que le siguieran y obedecieran, acometiéndole con tal ímpetu con muchos que le seguían, que le hirieron y y prendieron.

Hecho esto, fué cosa fácil librar al Podestá y vencer

á los demás conjurados, porque siendo pocos y divididos en grupos, casi todos perecieron ó quedaron presos.

Entretanto, había llegado á Florencia la noticia del suceso grandemente exagerada. Deciase que estaba tomado Prato, el Podestá y su familia muertos y llena de enemigos la ciudad; que Pistoya estaba en armas y, muchos florentinos comprometidos en aquella conjuración.

Inmediatamente acudieron al Palacio muchos ciudadanos para consultar con la Señoría.

Estaba entonces en Florencia Roberto de San Severino, general famoso, y se acordó fuera con la gente que pudiese reunir á Prato, recomendándole aproximarse á la plaza y, dando detallada noticia de lo ocurrido, hiciera lo que su prudencia le aconsejase.

Apenas había pasado San Severino del castillo de Campi, cuando le encontró un enviado de Petrucci, diciéndole que Nardi estaba preso, sus parciales muertos ó huídos, y restablecida la tranquilidad. En vista de ello volvió á Florencia donde, á los pocos días, fué conducido Nardi, é interrogado por el magistrado acerca de los verdaderos medios de la empresa, y haciéndole observar que eran muy débiles, dijo que la emprendió porque, decidido á morir en Florencia más bien que á vivir desterrado, quería hacer memorable su muerte con algún suceso importante.

XXVIII. Sofocado casi al nacer este desorden, volvieron los ciudadanos á su vida acostumbrada, creyendo poder gozar, sin alarmas, del orden de cosas que habían establecido y afianzado. De ello nacieron en Florencia los males que muchas veces engendra la paz, porque los jovenes, más independientes que de costumbre, hacian excesivos gastos en trajes, convites y orgías y, viviendo

ociosos, consumían el tiempo y su fortuna en el juego y con las mujeres. Su único estudio consistía en la esplendidez del vestido y en la agudeza del lenguaje, y el que más diestramente satirizaba á los demás era más ingenioso y estimado. Estas malas costumbres las viciaron más los cortesanos del duque de Milán, que con su esposa y toda su corte vino á Florencia para cumplir, según decía, un voto (1471), donde fué recibido con la pompa adecuada á un príncipe tan excelso y tan amigo de Florencia.

Vióse entonces lo que no se había visto nunca en nuestra ciudad: que, estando en Cuaresma, cuando la Iglesia prohibe comer carne y manda ayunar, los cortesanos del Duque, sin respeto á la Iglesia ni á Dios, se alimentaban con carne.

Hiciéronse muchas fiestas en honra del Duque, y dentro de la iglesia del Espíritu Santo se representó la bajada del Espíritu Santo á los Apóstoles, causando el mucho fuego que con tal solemnidad se hizo, el incendio del templo. Para muchos fué este incendio señal de la indignación que Dios había querido demostrar contra nosotros.

Si el Duque encontró en Florencia costumbres afeminadas y contrarias á una vida ordenada y buena, la dejó mucho peor, por lo cual los ciudadanos de recto ánimo opinaron que era necesario refrenar tales excesos, y con nuevas leyes pusieron término al lujo en el vestir, en las pompas fúnebres y en los convites.

XXIX. En medio de tan grande tranquilidad ocurrió un nuevo tumulto en Toscana. En el condado de Volterra encontraron varios de sus habitantes una mina de alumbre y, conociendo su valor, por tener quien con el

dinero les ayudase y con la autoridad les defendiera, se unieron á algunos ciudadanos florentinos y les dieron participación en los beneficios.

Como sucede siempre en estas cosas, al principio el pueblo de Volterra hizo poco caso; pero, sabida después la riqueza del descubrimiento, quiso poner tarde y sin el fruto el remedio que, de acudir con oportunidad, fácilmente hubiera conseguido.

Comenzaron á tratar la cosa en sus Consejos, afirmando no ser conveniente que una mina descubierta en terreno público se convirtiera en utilidad privada y, para resolver el asunto, mandaron comisionados á Florencia (1472). Sometido el negocio á la decisión de algunos ciudadanos, por ganarlos las partes interesadas ó por creerlo de justicia, fallaron que no tenía razón el pueblo volterrano al querer privar á algunos de sus ciudadanos del fruto de su trabajo é industria, perteneciendo, pues, la mina á los que la explotaban y no al pueblo; pero que convenia pagaran aquéllos á éste anualmente alguna cantidad de dinero en reconocimiento de dominio.

Este fallo, en vez de apaciguar los ánimos en Volterra, aumentó la agitación y los rencores, no hablándose de otra cosa en los Consejos y en toda la ciudad. La generalidad pedía lo que, en su opinión, le habían quitado; y los dueños de la mina querían conservar la posesión por haber descubierto aquélla, y porque después confirmó su derecho la sentencia de los florentinos.

En este altercado mataron á un ciudadano que allí tenía reputación, llamado Pecorino, y después á otros muchos partidarios suyos, saqueando y quemando sus casas y costando trabajo librar de la muerte á los que des-

empeñaban allí cargo de Rectores á nombre de Florencia.

XXX. Cometidos estos atentados, determinaron ante todo enviar representantes á Florencia, para que hicieran saber á la Señoría que, si les mantenía en sus antiguos derechos, conservarían ellos la antigua dependencia.

Discutióse mucho la respuesta. Maese Tomás Soderini aconsejaba que se debía recibir la sumisión de los volterranos, cualesquiera que fuesen las condiciones, no creyendo oportuno promover un incendio tan inmediato que podía comunicarse á Florencia, porque temía al carácter del Papa, el poder del rey de Nápoles, y no confiaba en la amistad de los venecianos ni en la del duque de Milán, por ignorar la fe que aquélla merecía y el valor de ésta, recordando la proverbial sentencia: «*Más vale mezquina paz que victoriosa guerra.*»

Por otra parte, Lorenzo de Médicis aprovechó la ocasión para demostrar lo que valían su talento y su prudencia en el consejo, estimulándole los que envidiaban la autoridad de Soderini. Opinó que se debía acometer la empresa de Volterra, porque, si los volterranos no eran castigados de un modo ejemplar y memorable, los demás, sin respeto ni temor á Florencia, harían lo mismo con cualquier motivo, por insignificante que fuera.

Resuelta la empresa, contestaron á los de Volterra que no podían pedir la observancia de disposiciones que ellos mismos habían infringido: por tanto, ó se entregaban al arbitrio de la Señoría, ó se les haría la guerra.

Al volver los comisionados con esta respuesta, prepáronse en Volterra á la defensa, fortificando la ciudad y demandando auxilio á todos los Príncipes italianos. Pocos les hicieron caso, porque sólo los de Siena y el Señor de Piombino les dieron alguna esperanza de socorro.

Los florentinos, por su parte, comprendiendo que la importancia de su victoria dependía de la rapidez, reunieron diez mil infantes y dos mil caballos, y, al mando de Federico, señor de Urbino, se presentaron en el condado de Volterra, ocupando fácilmente toda aquella comarca. Sitiaron después la ciudad que, situada en una altura casi por todos lados cortada á pico, no podía ser acometida sino por la parte donde está la iglesia de San Alejandro.

Los volterranos habían tomado á sueldo para su defensa unos mil hombres, quienes, al ver la valerosa expugnación de los florentinos, desconfiando de poder salvar la ciudad, eran lentos en la defensa y activísimos en las injurias que diariamente hacían á los habitantes; de suerte que estos infelices estaban combatidos por los enemigos de fuera, y oprimidos por los amigos de dentro.

Desesperando salvarse, empezaron á tratar de capitulación, no encontrando nada mejor que ponerse en manos de los Comisarios florentinos, quienes mandaron abrir las puertas, metieron en la ciudad la mayor parte del ejército, entraron en palacio donde estaban los Priores, y les ordenaron que volviesen á sus casas. Uno de ellos fué atacado en el camino por un soldado, que, en señal de desprecio, le despojó de lo que llevaba. Como los hombres son más inclinados al mal que al bien, fué esto principio de la pérdida y saqueo de la ciudad que, durante todo un día, quedó entregada al pillaje, no respetando á las mujeres ni los edificios religiosos. Los soldados, lo mismo los que habían combatido á Volterra que los que tan mal la defendieron, se repartieron los despojos.

La noticia de esta victoria produjo grandísima alegría

en Florencia y, porque la empresa se debía á Lorenzo de Médicis, que la había aconsejado, aumentó extraordinariamente su reputación.

Uno de sus más íntimos amigos recordó á Tomás Soderini el consejo que había dado, diciéndole: «¿Qué diréis ahora que Volterra está tomada?» A lo que respondió Tomás: «Paréceme perdida, porque teniéndola por acuerdo, os sería útil y segura; pero conquistada por la fuerza, en los tiempos adversos debilitará y perjudicará á la República, y en los pacíficos y favorables causará daños y gastos.»

XXXI (1473). En este tiempo, deseoso el Papa de que las posesiones de la Iglesia no se apartaran de su obediencia, hizo saquear á Spoleto que, á causa de los bandos que dividían á sus habitantes, se había rebelado. Después, porque Ciudad del Castillo se rebeló también, la hizo sitiar. Era señor de Ciudad del Castillo Nicolás Vitelli, íntimo amigo de Lorenzo de Médicis, por lo cual éste le dió auxilio, que si no fué bastante para defender á Vitelli, fué suficiente para sembrar las primeras semillas de la enemistad entre el papa Sixto y los Médicis, las cuales produjeron poco después malísimos frutos. Y hubieran fructificado en seguida á no ocurrir la muerte de Fr. Pedro, cardenal de San Sixto, porque este prelado dió la vuelta á Italia, estando en Venecia y en Milán y, con pretexto de honrar las bodas de Hércules, marqués de Ferrara, andaba investigando los ánimos de los príncipes para averiguar cómo se hallaban respecto á los florentinos; pero al volver á Roma murió, no sin sospechas de que le envenenaran los venecianos, para privar del talento y de los servicios de Fr. Pedro al papa Sixto, cuyo poder temían.

Aunque de humildísimo origen, y después pobremente alimentado entre las paredes de un convento, cuando llegó Fr. Pedro á Cardenal mostró tanta soberbia y tan grande ambición, que no ya el cardenalato, el pontificado le parecía poco, pues no titubeó en celebrar en Roma un convite que, dado por un rey, hubiese parecido extraordinario, y en el cual gastó 20.000 florines.

Privado el papa Sixto de este ministro, prosiguió en sus proyectos con más lentitud. Sin embargo, renovada la liga entre los florentinos, los venecianos y el duque de Milán (1474), y dejando al Papa y al rey de Nápoles facultad para entrar en ella, Sixto IV y el Rey se aliaron, dando facultad á los otros príncipes para poder adherirse á esta alianza.

Veíase, pues, Italia dividida en dos grandes partidos, porque diariamente ocurrían motivos de odio entre las dos ligas, como el ocasionado por la isla de Chipre, á cuya posesión aspiraba el rey de Nápoles, y que ocuparon los venecianos, lo cual hizo que el Papa y el Rey estrecharan su unión.

Tenía entonces gran fama entre los generales italianos Federico, señor de Urbino, que había militado mucho tiempo á sueldo de los florentinos. Determinaron el Rey y el Papa, para que la liga enemiga no contara con este general, ganarse á Federico. El Papa le aconsejó y el Rey le rogó que fuera á verles á Nápoles. Obedeció Federico, con admiración y desagrado de los florentinos, que temían le sucediera lo mismo que á Jacobo Piccinino; pero ocurrió lo contrario, porque Federico volvió de Nápoles y de Roma colmado de honores y general de la liga del Papa y el Rey.

Ni el Rey ni el Papa dejaban de sondear los ánimos

de los Señores de la Romaña y de los sieneses, para hacérselos amigos y, mediante ellos, poder ofender mejor á los florentinos. Advirtiéndolo éstos, acudieron con los remedios oportunos, preparándose contra la ambición de sus contrarios. Para reemplazar á Federico de Urbino, tomaron á sueldo á Roberto de Rímini; renovaron la liga con los de Perusa, y se aliaron con el Señor de Faenza.

El Papa y el Rey alegaban como motivo de su malquerencia á los florentinos el deseo de apartarles de los venecianos y de unirles á ellos, porque el Papa juzgaba que la Iglesia no podía mantener su reputación ni el conde Jerónimo tener seguros sus Estados de la Romaña mientras durase la unión de florentinos y venecianos. Los florentinos, por su parte, sospechaban que, si querían enemistarlos con los venecianos, no era para contraer amistad con ellos, sino para poder maltratarles más fácilmente.

Dos años vivió Italia tranquila á pesar de estas sospechas y desconfianzas. El primer desorden que alteró esta paz fué pequeño, y ocurrió en Toscana.

XXXII. De Braccio de Perusa, capitán famosísimo, según dijimos varias veces, quedaron dos hijos, Odón y Carlos. Este era de corta edad, y aquél lo mataron los de Val de Lamona, como ya hemos dicho. Cuando llegó Carlos á edad de poder servir en el éjército, los venecianos, por la memoria de su padre y por la esperanza que en Carlos tenían, le tomaron á sueldo.

Había llegado por entonces el término de su compromiso con Venecia y no quiso renovarlo, determinando ver si con su nombre y la fama de su padre podía recobrar sus Estados de Perusa. De buen grado consintieron en

ello los venecianos, porque siempre, por tales innovaciones, solían aumentar su territorio.

Vino, pues, Carlos á Toscana, y encontró difícil lo de Perusa, porque estaba aliada con los florentinos; pero, deseoso de que su expedición produjera algo digno de memoria, atacó á los sieneses (1476), alegando que eran deudores suyos por servicios que su padre les había prestado en los asuntos de aquella República y quería ser pagado. La acometida fué tan violenta, que casi todo el dominio de Siena quedó en su poder.

Los de Siena al ver tal ultraje, y aficionados á pensar mal de los florentinos, creyeron que todo se había hecho con consentimiento de éstos, y se quejaron amargamente al Papa y al Rey. También enviaron embajadores á Florencia, que se dolieron de tan grande injusticia, indicando diestramente que, sin ser ayudado, no hubiese podido Carlos con tanta seguridad ofenderles. Los florentinos se excusaron, prometiendo hacer lo posible para que Carlos Braccio cesara de hostilizarles, y así lo ordenaron á Carlos según la demanda de los sieneses.

Quejóse Braccio, diciendo que los florentinos, al negarle auxilio, se privaban de una gran gloria y de una conquista considerable, puesto que en poco tiempo les hubiese dado la posesión de Siena y su territorio: ¡tan grande era la cobardía que había observado en los sieneses y tan mala su organización para la defensa!

Partió, pues, Carlos, entrando de nuevo á sueldo de los venecianos. Los de Siena, aunque libres de tanto daño por la mediación de los florentinos, quedaron indignadísimos contra ellos, porque no creían mereciese agradecimiento el librarles de un mal que ellos mismos les habían ocasionado.

XXXIII. Mientras las cosas se encontraban del modo dicho entre el rey de Nápoles y el Papa, y en Toscana, ocurrió un suceso en Lombardía de la mayor importancia, presagio de muchos males. Enseñaba en Milán la lengua latina á los jóvenes de las principales familias de aquella ciudad Nicolás Montano, hombre muy instruído y ambicioso. Bien porque detestara el modo de vivir y las costumbres del Duque, ó por otros motivos, en todos sus discursos inspiraba á sus discípulos odio al gobierno de un mal príncipe, llamando felices y gloriosos á aquellos que la naturaleza y su suerte les había hecho nacer en una república, y mostrando que todos los hombres famosos habían florecido en las repúblicas y no bajo el mando de los príncipes, porque aquéllas favorecen á los hombres de mérito, y éstos acaban con ellos, aprovechando las repúblicas la virtud y el valor de los ciudadanos y temiéndolo los príncipes.

Los jóvenes con quienes había adquirido mayor familiaridad eran Juan Andrés Lampognano, Carlos Visconti y Jerónimo Olgiato. Con ellos hablaba de las pésimas condiciones del Duque y de la infelicidad de ser gobernados por él; y tanta fué su influencia en el ánimo y la voluntad de aquellos jóvenes, que les hizo jurar librarían á su patria de la tiranía del Duque cuando la edad les permitiera hacerlo.

Este deseo, que siempre con los años crece, dominaba á los citados jóvenes. Las malas costumbres del Duque y las ofensas que particularmente les hizo, excitáronles á apresurar la ejecución.

Era Galeazzo libidinoso y cruel, y multiplicados ejemplos de ambas cosas le habían hecho odiosísimo, pues no le bastaba corromper á las damas nobles, sino que le

agradaba publicarlo; y no se contentaba con hacer morir á los hombres si la muerte no iba acompañada de algunos refinamientos de crueldad. Sospechábase de él que había muerto á su madre porque, pareciéndole que no era soberano mientras aquélla viviera con él, dispuso las cosas de modo que quiso ella misma retirarse á su dominio dotal de Cremona y, durante el viaje, atacada de súbita dolencia, falleció, por lo cual creyeron muchos que su hijo le había causado la muerte.

Había deshonrado el Duque á Visconti y á Olgiato abusando de mujeres de sus familias, y á Juan Andres no quiso darle posesión de la abadía de Miramondo, que el Papa había concedido á uno de sus parientes. Estas ofensas particulares avivaron en aquellos jóvenes el deseo de la venganza, librando á su patria de tantos males, y esperando que, si lograban matarle, les seguirían no sólo muchos nobles sino todo el pueblo.

Para convenir la forma de realizar su proyecto, se reunían muchas veces, sin que esto llamara la atención, por su antigua amistad. Hablaban siempre de su propósito y, para afirmarse en su resolución, golpeábanse en los costados y en el pecho uno á otro con los puñales envainados que destinaban á la ejecución. Discutieron el momento y el lugar. En el castillo de Milán no parecía seguro intentarlo; en la caza era incierto y peligroso; cuando paseaba por las calles de la ciudad, difícil y aventurado; en los festines, dudoso; por tanto, determinaron matarle durante las ceremonias de alguna festividad pública á que con seguridad acudiera y donde, con varios pretextos, pudieran reunir á sus amigos. Convinieron además en que si algunos de ellos, por cualquier motivo, tenían que quedarse en la corte,

los demás deberían asesinar al Duque con sus puñales.

XXXIV. Corría el año de 1476 y estaba próxima la fiesta de la Natividad de Cristo. Acostumbraba el Duque á visitar con gran pompa el día de San Esteban la iglesia de este mártir, y acordaron los conjurados que era este momento y sitio á propósito para realizar su intento.

Llegado el día del Santo, hicieron que se armaran algunos de sus más fieles amigos y criados, diciendo que iban en auxilio de Juan Andrés que, contra el deseo de algunos émulos suyos, quería llevar á sus posesiones las aguas de un acueducto; y, alegando el deseo de pedir licencia al Duque antes de partir, llevaron á la iglesia de San Esteban á los armados. Con diversos pretextos hicieron ir á dicho templo muchos otros amigos suyos, esperando que, muerto el Duque, les ayudarían en lo demás de la empresa.

Su propósito era, después de asesinar á Galeazzo, reunirse con los que llevaban armas é ir á los barrios de la ciudad donde más fácilmente sublevaran la plebe, armándola contra la Duquesa y los jefes del gobierno. Creían que el pueblo, por el hambre que le agobiaba, contribuiría de buen grado, tanto más, proyectando entregar á su discreción las casas de Cecco Simonetta, Juan Botti y Francisco Lucani, que eran los principales miembros del gobierno y, por tal vía, devolver la libertad al pueblo, quedando ellos seguros.

Tomada esta determinación y resueltos á ejecutarla, Juan Andrés y sus compañeros fueron á la iglesia temprano, oyeron misa juntos y después, dirigiéndose á la estatua de San Ambrosio dijo Juan Andrés. «*Patrón de nuestra ciudad, ya sabes nuestras intenciones y el objeto*

con que nos exponemos á tanto peligro; sé propicio á nuestra empresa, y demuestra, favoreciendo la justicia, que te desagrada la iniquidad.»

En cuanto al Duque, que debía venir á la iglesia, hubo muchas señales de su futura muerte; porque, al llegar el día de San Esteban, púsose como de costumbre una coraza, y después repentinamente se la quitó, como si su vista ó su contacto le molestara; quiso oir misa en el castillo, y supo que su capellán había ido á San Esteban con todos los ornamentos de la capilla; determinó entonces que el obispo de Como celebrara la misa, y éste alegó fundados motivos que se lo impedían, de suerte que casi por necesidad fué á San Esteban; pero antes llamó á sus hijos Juan Galeazzo y Hermes y les abrazó y besó muchas veces, no pudiendo, al parecer, apartarse de ellos. Finalmente, resuelto á ir, salió del castillo y entre los embajadores de Ferrara y de Mantua se dirigió á la iglesia.

Entretanto los conjurados, para no infundir sospechas y huir del frío, que era grandísimo, estaban en una habitación del arcipreste de la iglesia, amigo de ellos y, al oir que venía el Duque, acudieron á la iglesia. Juan Andrés y Jerónimo se colocaron á la derecha de la entrada del templo y Carlos á la izquierda.

Entraron en la iglesia los que precedían al Duque, y en seguida entró éste, rodeado de gran multitud, como era natural que sucediera en tan pomposa solemnidad.

Los primeros en acometerle fueron Lampognano y Olgiato que, simulando abrir paso al Duque, se le acercaron y, sacando los puñales, que llevaban ocultos en las mangas, le hirieron. Lampognano le dió dos puñaladas, una en el vientre y otra en el cuello; Jerónimo le hirió

en el cuello y en el pecho. Carlos Visconti, por colocarse más próximo á la puerta y haber pasado adelante el Duque cuando le acometieron sus compañeros, no pudo herirle de frente; pero le dió dos puñaladas, una en el espinazo y otra en el hombro.

Tan prontas fueron las puñaladas, que el Duque cayó á tierra antes de que la gente advirtiera lo ocurrido, sin hacer ni decir más, al caer, que llamar una sola vez á la Virgen en su ayuda.

Tendido en tierra, se promovió un gran escándalo, viéronse muchas espadas desnudas, y, como sucede en los casos imprevistos, unos huían del templo y otros corrían hacia el tumulto sin saber lo que ocurría. Los que iban junto al Duque y le vieron caer muerto, conociendo á los asesinos, les perseguían.

De los conjurados, Lampognano, al querer salir fuera de la iglesia, se metió por entre las mujeres, que, según su costumbre, estaban sentadas en el suelo, y enredado y detenido por las faldas, le alcanzó y mató un moro, criado del Duque. También fué muerto Carlos Visconti por los que le rodeaban; pero Jerónimo Olgiato salió de la iglesia entre la multitud, después de ver matar á sus compañeros y, no sabiendo dónde huir, se fué á su casa, no recibiéndole el padre y los hermanos; sólo la madre, compadecida de su hijo, le recomendó á un sacerdote, amigo antiguo de la familia, quien le puso sus hábitos y le llevó á su casa, donde estuvo dos días esperando ocurriera en Milán algún tumulto que le salvara; pero no sucedió así y, por temor de que le encontraran en donde estaba, quiso huir disfrazado; pero, reconocido, cayó en poder de la justicia, á la cual declaró toda la conjuración.

Contaba Olgiato veintitrés años, y murió tan animoso como cuando mató al Duque, porque teniendo ya desnudo el cuello y al verdugo delante cuchillo en mano para degollarle, dijo esta frase latina, porque era instruído: *Mors acerba, fama perpetua, stabit vetus memoria facti.*

Fué la empresa de estos infelices jóvenes secretamente tramada y ejecutada con intrepidez. Su pérdida dimanó de no encontrar en ninguno el auxilio que esperaban. Aprendan de este ejemplo los príncipes á vivir y á hacerse amar de modo que nadie espere su salvación en matarles, y aprendan los conspiradores cuán vano es confiar demasiado en que la multitud, aunque esté descontenta, les seguirá y apoyará en su empresa.

Este suceso asustó á toda Italia; pero mucho más los ocurridos poco después en Florencia que alteraron la paz reinante en Italia desde hacía doce años, como diremos en el siguiente libro, que empieza con la narración de escenas sangrientas y espantosas y termina de un modo triste y deplorable.